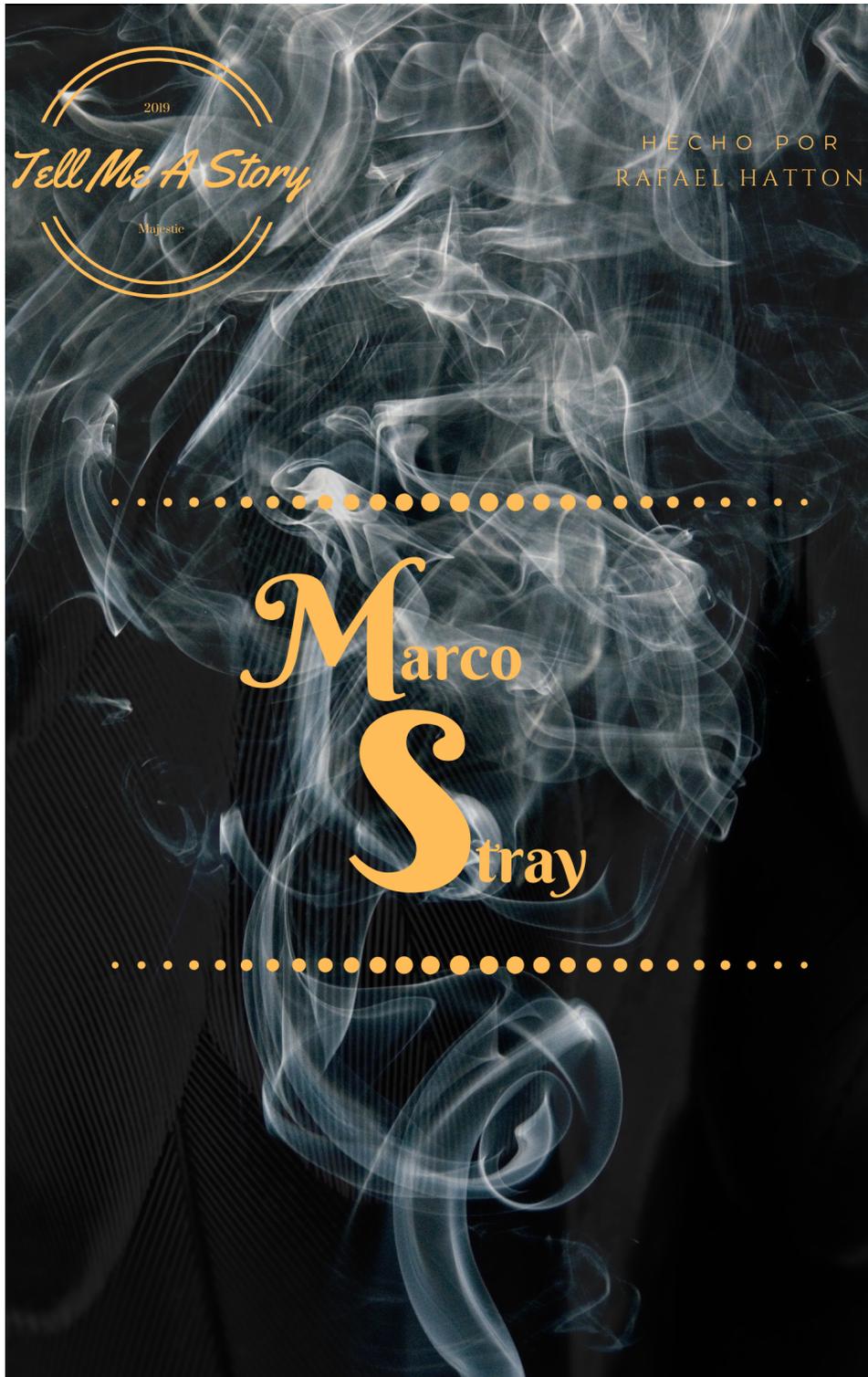


Marco Stray

Rafael Hatton



Capítulo 1

Cuando Marco entró por las puertas de la iglesia San Letroux el sonido de sus pasos ahogados retumbaron con eco por la misma. Las amplias paredes grises de la iglesia se extendían varios metros hasta llegar al muro principal donde estaba colocada la imagen de Cristo crucificado. Aunque aquello era lo único que aún se mantenía en perfecto estado dentro de la iglesia. Había dos largas filas de asientos de madera a izquierda y derecha, algunos de los que se encontraban a la izquierda estaban completamente rotos y astillados como si un coche hubiera chocado directamente contra ellos, el suelo de madera también se encontraba roto por varias partes y por último la vidriera detrás de la ingente figura estaba hecha añicos.

Marco daba pasos cansados dirigiéndose hacia el frente. Con su mano izquierda sujetaba con fuerza una chaqueta negra que se encontraba teñida de rojo por muchas de sus partes, esto se debía a un río de sangre que brotaba desde el hombro izquierdo de Marco, pasaba por su brazo, la chaqueta y finalmente acababa en el suelo de la iglesia.

Marco tropezó justo al final de la iglesia y se derrumbó frente a las escaleras que llevaban al altar desde el que se realizaban las misas, acabando de rodillas frente a la vidriera rota. Ya desde esa posición Marco dio media vuelta sobre sí mismo y se sentó mirando fijamente a las puertas abiertas de la iglesia.

–¿Qué haces aquí? – Marco parecía estar hablando solo, pero de pronto desde detrás del confesionario, a su izquierda apareció una silueta. Aquella persona era Carter Smith, un hombre alto y de complexión atlética. Tenía un pelo castaño y corto que permitían ver unos ojos igualmente castaños. Este hombre se puso al lado de Marco.

–No sabía dónde más buscarte. Tu hermana está muy preocupada– respondió Carter a la vez que giraba su cabeza para mirar a Marco, quien aún mantenía sus ojos clavados en la entrada de la iglesia. Al escuchar a Carter, Marco cerró los ojos y suspiró con cansancio.

–Hablaré con ella, ya no tiene nada de lo que preocuparse– el pelo rubio de Marco se podía distinguir aún en la oscuridad de la noche, hacía un gran contraste con sus ojos azules apagados en la oscuridad de la iglesia.

–¿Qué te ha pasado? – la frialdad que mostraba Carter en aquellos momentos con Marco herido a su lado era algo terrorífico, pero aún más frialdad demostró Marco –Se ha acabado–.

–¿Por qué no me llevaste contigo? –.

–No hacía falta, yo era quien debía hablar con él–.

Carter agachó la cabeza y sin decir una sola palabra se sentó al lado de Marco, aunque no pueda parecerlo por el tono de la conversación, ambos se conocían ya desde hacía diez años, pero durante los últimos años de su relación su amistad no estuvo bien encaminada.

–Siento que tuvieras que haber hecho eso, pero también quería matarte a ti– el de pelo rubio arremetió contra su amigo.

–¿Y acaso no nos merecemos morir? –.

–¿Y entonces por qué no dejaste que te matara? – respondió rápidamente Carter con seriedad en su mirada. Marco optó por mantener la tranquilidad que había en la iglesia antes de iniciar aquella conversación.

–No hemos tenido mucho tiempo para hablar ¿qué ha sido de tu vida? – Marco miró hacia el suelo con melancolía en sus ojos.

–Han pasado tantas cosas que no sabes Carter– su amigo lo miró atentamente con una ligera sonrisa en el rostro. –Ahora tienes tiempo para contármelo todo– Al escuchar la respuesta de Carter, Marco también mostró una ligera sonrisa.

Semanas antes...

–Unos traficantes de téras han sido detenidos esta noche en el puerto de Silver Spring– desde la habitación de Marco se podían escuchar las noticias, aunque Marco no las veía mucho siempre que tenía la oportunidad de escucharlas hablaban de lo mismo, téras, téras y más téras. Aunque la mayoría de las personas los odiaran Marco no lo hacía, principalmente porque él también era uno de ellos.

Marco se levantó de su cama con pereza, algo que siempre hacía, aunque hubiera descansado sin interrupciones. La habitación del joven no era nada del otro mundo, eran cuatro paredes totalmente blancas sin ningún tipo de decoración, pues a Marco nunca le han gustado los excesos, aunque siempre en su afán de ser poco detallista acaba siendo minimalista.

Con el pecho al descubierto el joven salió de su habitación directo a la cocina, para llegar allí debía atravesar el salón, era tan pequeño como las demás habitaciones de la casa, aunque este sí que estaba algo más decorado (principalmente por cosas que ponía su hermana).

Al llegar a la cocina se topó con la sorpresa de que su hermana estaba preparando el desayuno. La hermana de Marco se llama Lisa y ambos se apellidan Stray, al igual que su hermano la pequeña Lisa tenía un pelo rubio y corto que le llegaba a los hombros y unos ojos azules, solo que en este caso los ojos y pelo de su hermana eran de un color algo más claros.

–Hoy te has levantado temprano– dijo con una sonrisa mientras no despegaba la mirada de la sartén que tenía en frente. Marco no le contestó y solo se dirigió al grifo para tomar agua. Tras tomar un gran vaso se apoyó en la encimera.

–Iré yendo a la iglesia–.

–Aún no has desayunado, si sigues tomándote solo un vaso de agua por las mañanas al final te convertirás en una planta– aunque Lisa tuviera tan solo diecisiete años, diez años menos que Marco, mostraba tanta preocupación por él y le daba tantas ordenes que ella parecía ser la mayor de los dos.

–No tengo hambre– A la vez que Marco decía eso cogió un cigarrillo de la encimera y agarró un mechero para encenderlo, de pronto un fuerte brillo provino desde donde estaba su hermana y en un abrir y cerrar de ojos su hermana golpeó el cigarrillo con un látigo dorado, los restos del cigarrillo quedaron hechos añicos en el suelo.

–Ni se te ocurra fumar aquí dentro– por la reacción tan pasiva de Marco no parecía ser la primera vez que su hermana hacía eso. Al igual que él su hermana también era una téra.

Téra era el nombre que le había dado la sociedad a aquellos humanos que nacieron con una mutación en sus genes y que les daba unas capacidades y dotes sobrehumanos, en este caso la hermana de Marco podía crear artilugios hechos con luz. Esto podía parecer un don, pero en algunos países del mundo más que una bendición era una maldición, como era el caso de EE. UU, donde los téras eran repudiados.

–Me voy a vestir, desayunaré en la iglesia– dijo Marco mientras salía de la cocina dando una cariñosa palmada en la cara de su hermana.

Marco se vistió con una chaqueta negra sencilla y unos pantalones largos del mismo color, tampoco le gustaba mucho complicarse a la hora de vestirse. Él vivía en Alexandria, una ciudad bastante transitada en las calles principales, pero un poco tranquila en las calles más apartadas que era donde a Marco más le gustaba estar. Y era allí donde estaba la iglesia de San Letroux, un edificio que por fuera era bastante pequeño y modesto, no muy llamativo, pero por dentro tenía una decoración exuberante, era el lugar donde más tiempo pasaba debido a que era la

iglesia de su padrastro Carlo.

Cuando Marco ya estaba cerca de la iglesia notó que en la acera estaba Carlo, un hombre mayor de aspecto débil y frágil y que llevaba siempre sus vestimentas cristianas, su pelo de color plateado por la edad brillaba bajo la luz del sol. Carlo se encontraba charlando con dos hombres vestidos de negro, al ver aquella situación Marco no dudo en acercarse ni un instante.

En cuanto Carlo se percató de la presencia de Marco lo llamó con energía.

–¡Marco! Estos hombres te están buscando– dijo con una voz quebradiza.

Marco se puso frente a los dos hombres de negro, el de la derecha extendió la mano para saludar al rubio, pero este no le devolvió el saludo.

–¿Quiénes sois? – preguntó con seriedad.

–Venimos de parte de Stones, hay un problema grave del que tenemos que ocuparnos– Marco no articuló ni una sola palabra antes de darse la vuelta y caminar hacia la iglesia seguido de cerca por Carlo, quien aún estaba asimilando lo que estaba pasando. Stones era el dueño del ejército privado con su mismo nombre y el encargado de la seguridad en EE. UU.

–¡Esto también te incumbe a ti Marco! –.

–¡Ya no trabajo para Stones, os quiero fuera antes de que comience la misa! – Gritó el joven sin siquiera darse la vuelta. Cuando llegó a las puertas de la iglesia las abrió con cuidado para que su padre pudiera pasar y después las cerró de nuevo, dejando a los dos hombres fuera. Ya dentro Marco y su padre pudieron hablar con tranquilidad.

–¿Qué quieren de ti esos desalmados? –preguntó inquieto Carlo, entrelazando sus manos y frotándoselas contra el pecho para secarse el sudor, y es que cuando el pastor se ponía nervioso sudaba tanto que parecía una fuente.

–Me da igual lo que quieran–.

–Y... y si quieren silenciarte Marco– Marco no pudo evitar soltar una pequeña carcajada al escuchar los disparates que se le pasaban por la cabeza a Carlo.

–Nadie va a venir a por mí papá, y menos esos dos blandengues de ahí fuera– antes de que Marco fuera al trastero de la iglesia que se encontraba a la izquierda este se detuvo frente a él cortándole el paso.

–¿Cuándo me vas a contar lo que pasó cuando trabajabas para Stones? – Marco se mantuvo en silencio durante unos segundos, no entendía por qué su padre le hizo aquella pregunta justo ahora, pero entonces miró a la derecha y entonces lo comprendió, allí estaba el confesionario de la iglesia.

–Hoy no padre– dijo con una sonrisa en su rostro, Marco siguió caminando, evitando a su padre.

–En unas pocas semanas tú darás la misa, será mejor que te confieses ahora– el joven rubio mantuvo la mirada fija en el confesionario.

–Si lo cuentas Dios te perdonará– fue una buena jugada por parte de su padre, pero no lo suficientemente buena como para que Marco cayera en ella. Sin siquiera darse la vuelta y con una sonrisa de resignación respondió.

–La gente como yo no merece el perdón de Dios– Carlo estuvo a punto de responder a Marco cuando por la puerta entraron los primeros creyentes para la misa, Carlo tuvo que ir a atenderlos mientras que Marco entró al trastero.

El sitio estaba completamente lleno de cajas, pero la que buscaba Marco era una que se podía ver a simple vista, era la caja de bordes rojos en la que estaba escrito a rotulador negro "comida". Marco agarró la caja y salió del trastero, fuera Carlo estaba tratando con todas las personas que entraban por lo que para no interrumpirle Marco salió de la iglesia en silencio.

–¡Marco! – el joven pudo distinguir al instante la voz de su hermana, quien estaba corriendo hacía la iglesia.

–Has llegado rápido–.

Entre jadeos de cansancio Lisa le explicó a Marco lo rápido que tuvo que hacer las cosas para alcanzarlo. Al acabar Lisa intentó quitarle a Marco la caja de las manos, pero este no la dejó intentarlo.

–Pesa mucho, y ya has corrido bastante– dijo como excusa. Aunque eso no le sirvió a Lisa que aún intentaba coger la caja.

–Déjame a mí, tú siempre haces todos los trabajos pesado, acabarás teniendo lumbago– finalmente Marco cedió y le entregó la caja a Lisa, la joven casi se cae cuando tuvo la caja entre manos, y se podía ver en su cara de esfuerzo que le estaba costando mantener el equilibrio.

–¿Pesa? –.

–Que va– recitó con esfuerzo.

Ambos hermanos charlaron alegremente de camino al comedor social del padre Carlo.

Marco abrió la verja de la puerta, debían tener todo preparado para las doce de la mañana y faltaban tan solo dos horas.

–¿Hoy vendrá Mateo? – preguntó Marco mientras encendía las luces, el comedor era bastante amplio, lleno de mesas y sillas donde los sin techo se sentaban para comer.

–No lo sé, le he hablado, pero no me contesta– respondió Lisa, ambos entraron a la cocina y allí la joven dejó la caja en la encimera. Marco abrió la caja sin perder el tiempo, dentro había comida suficiente para alimentar a diez familias, y para eso era, allí era donde normalmente iban a comer las familias más pobres y la gente más desfavorecida.

Minutos después por la puerta entró un joven que tendría la misma edad que Lisa, de pelo negro y alborotado como si se hubiera acabado de levantar, y eso también se notaba en su ropa, llevaba puesto un chándal viejo y una camiseta negra con varios agujeros.

–¡Siento la tardanza señor Marco! – Mateo entró con tanta prisa que se chocó con una de las mesas y se cayó al suelo de bruces, Lisa corrió preocupada y le ayudó a levantarse mientras Marco comenzaba a cocinar. Mateo se levantó rápidamente y fue a la cocina junto con Marco.

–Lávate las manos y al lío, Lisa ve preparando los platos– Mientras Marco y Mateo cocinaban, Lisa se encargaba de limpiar los platos y preparar todo lo necesario para cuándo llegará la gente, que no tardaron en llegar.

Treinta minutos después ya estaba todo el comedor lleno y la comida servida, Marco, Lisa y Mateo estaban sentados en el comedor y charlando para descansar después de tanto trabajo.

–¿Qué tal tú madre Mateo? – preguntó Lisa con curiosidad.

–Pues ahora mismo está trabajando, he tardado tanto en llegar por que estaba arreglando un poco la casa en lo que ella llegaba– Al igual que muchos de los que se encontraban en el comedor Mateo tampoco tenía los medios para mantener una vida digna, su madre trabajaba día y noche mientras él ganaba dinero de donde podía, y con mucho esfuerzo sacaba tiempo los domingos para ayudar a los demás que estaban en una

situación parecida a la suya.

Marco se levantó de su silla y fue al comedor en silencio mientras Lisa y Mateo continuaban hablando, al volver trajo un plato de comida que puso frente a Mateo, el joven intentó levantarse de la silla y rechazarlo, pero Marco puso su mano en la cabeza de Mateo y lo empujó contra la silla.

–Come y calla– en los ojos cristalinos de Mateo se pudo ver que el joven estaba a punto de llorar, Marco salió a la calle seguido de cerca por su hermana Lisa.

–Creo que no debería venir más aquí–.

–Yo creo que debería venir, pero no como ayudante– corrigió Marco a su hermana.

Marco estuvo a punto de encender un cigarrillo para fumar cuando un coche negro pasó muy cerca de la acera. El joven no fue el único en darse cuenta de que ese coche era muy sospechoso, pues en el mismo instante en que el coche aparcó en frente del comedor Lisa creó con sus poderes una porra, pero fue el mismo Marco quien agarró con fuerza la muñeca del brazo en la que su hermana sostenía la porra.

–Son ellos– susurró Lisa intentando convencer a su hermano de que la soltará, aunque fue en vano, Marco optó por un camino menos violento.

–Ya sé quiénes son, haz desaparecer eso y cálmate– musitó Marco, Lisa obedeció a su hermano y la porra desapareció entre una tenue luz dorada.

Del coche salió una joven que parecía una niña, era bastante más baja que Marco, e incluso más bajita que Lisa (quien ya era pequeña de por sí), la joven tenía un pelo largo recogido con una coleta, pero lo que llamó la atención de los hermanos Stray era el color de su pelo, verde. La pequeña tenía unos ojos también verdes y una sonrisa de inocencia.

Ella extendió la mano para saludar a Marco manteniendo aún esa enorme sonrisa. Y como con los anteriores agentes de negro Marco no devolvió el saludo, la joven cedió y acabó bajando la mano.

–Buenas tardes, Marco me gustaría hablar contigo– dijo la de pelo verde con energía, Marco se limitó a responder con una corta pregunta que también se hacía su hermana –¿Quién eres? –

–Sara Di Lantein, pero puedes llamarme Sara– respondió la pequeña con un marcado acento italiano para después volver al acento americano.

–¿Qué quiere una italiana de mí? – preguntó con sequedad el joven.

–Trabajo para Stones, y queremos hablar contigo de un asunto

importante-.

-¿Desde cuándo Stones contrata italianos? -

-Ya sabes que su racismo es selectivo- respondió Sara mostrando sus dientes blancos con una gran sonrisa, aquel comentario hecho por ella misma le había hecho algo de gracia. Sara miró de reojo a Lisa, quien no le quitaba el ojo con una mirada penetrante.

-¿Puedo saber por qué me está matando con la mirada? - Marco le ordenó a Lisa que se fuera para dentro, ella a regañadientes aceptó. Ya estando Marco solo Sara le ofreció subir al coche para que pudieran hablar con más tranquilidad, una oferta que Marco no declinó.

El interior del coche era bastante moderno, limpio y elegante. Marco se sentó en la parte de atrás a la izquierda y Sara a la derecha, ella le ordenó al conductor que iniciara el trayecto.

-Muy bien- como si de otra persona se tratase, la sonrisa desapareció del rostro de Sara y el tono en su voz adquirió una seriedad intimidante.

-Necesitamos tu ayuda- Sara fue directamente al grano, pero aun así Marco se negó a ayudarles una vez más, por lo que la joven decidió contarle todo.

-Flora ha muerto- al escuchar aquella noticia Marco no pudo evitar mirar fijamente a los ojos de Sara.

-¿No había dejado el servicio? - Sara asintió con la cabeza. -Lo dejó dos años después de que tú te fueras, hace tres días fue encontrada muerta en un callejón con signos de haber mantenido una pelea-

Marco no podía dar crédito a lo que decía Sara, Flora era la mujer más fuerte que había conocido y aquello era literal, la fuerza de Flora era sobrehumana ¿quién podría haberse enfrentado a ella y haber ganado?

-También han atacado a Frederick ayer por la noche, por suerte, Carter estaba cerca y pudo salvarle la vida- Marco ya había notado un patrón en los ataques, mató a Flora he intentó matar a Frederick.

Hace cuatro años Marco formó parte de un grupo de téras creado por Stones para mantener la seguridad, eran conocidos como el escuadrón 144. Formado por la barrera perfecta de Marco Stray, su mejor amigo en aquella época y por detrás de Marco el segundo más fuerte, Carter Smith, el imponente veterano Frederick Glouse, la joven, pero letal Flora Popper y por último el talentoso Niles Praum. Los cinco juntos desmantelaron más de treinta bandas criminales y acabaron con muchos terroristas conocidos,

aunque también se encargaban de hacer los trabajos sucios para Stones.

Al parecer el agresor estaba yendo a por los miembros del escuadrón 144.

–¿Se sabe quién es? – preguntó con seriedad Marco –Es un téra, al parecer tiene la capacidad de controlar las sombras, o eso me dijo Carter–.

Marco cerró los ojos, por unos momentos estaba pensando en ayudar a Stones a acabar con aquel téra. Pero mientras tenía los ojos cerrados volvieron a su cabeza aquellos momentos en los que estuvo en el escuadrón 144, los buenos... y los malos.

–No voy a ayudaros– el rostro de Sara se quedó hecho un cuadro.

–¡¿CÓ... cómo qué no?! ¡Marco tu vida está en peligro! – Marco mantuvo la compostura a la perfección, y con una frialdad dijo las últimas palabras que acabaron con aquella conversación.

–Si Carter y Frederick se mantienen juntos no les pasará nada... Yo era el más fuerte del grupo– Sara no se podía creer lo que estaba diciendo Marco, no solo no quería ir a por el téra que mató a su compañera, sino que también quería correr el riesgo de que si le atacaba a él estuviera solo.

–Que venga si quiere, le recibiré con los brazos abiertos–.

Sara dejó el coche fuera del comedor social y Marco se bajó de este, Lisa corrió desde dentro junto a Mateo para recibirle.

–¿Qué te han dicho? – Marco obligó a Mateo a irse a casa y los hermanos fueron caminó a la iglesia, durante el trayecto Marco le comentó a Lisa la situación.

–¡¿Quieren matarte?! ¡¿Quién?! –.

–No tengo ni idea– Ambos subieron las escaleras de la iglesia y se detuvieron frente a la puerta. –¿Y qué piensas hacer? –

–Esperaré a que me encuentre– Lisa no se podía creer lo que estaba diciendo su hermano, querían matarle y su única reacción era esperarle.

–Y si lo hace yo mismo me encargaré de él– Marco abrió lentamente las puertas de la iglesia, la misa había acabado y la iglesia estaba absolutamente vacía, a excepción de Lisa, su hermano y Carlo quien estaba recogiendo sus cosas. Por la mirada de preocupación de Lisa sabía

que algo estaba pasando, y por la mirada fría y seria de Marco sabía que era algo realmente serio.

Capítulo 2

Marco, Lisa y Carlo se encontraban discutiendo en la oficina de este último, era un cuarto exuberante decorado con cuadros y muebles exquisitos y llamativos. Mientras Lisa y Carlo estaban pensando en una manera para que Marco no sufriera ningún daño, el propio Marco, sentado en la silla de Carlos, ya se había resignado a irse y esperar a aquel téra desconocido. Pero su padrastro no estaba de acuerdo con aquella idea, el no dejaría que Marco saliera y se enfrentara a un desconocido en cualquier lugar.

–Cerraré la iglesia y tú te quedarás aquí, si lo vas a esperar lo mejor es que sea en un lugar que conoces– a Marco no le acabó de convencer aquella idea, pero su padrastro estaba en lo cierto. No podía esperar a un desconocido en cualquier sitio.

–Está bien, no me moveré de aquí, pero tarde o temprano me acabará encontrando, así que lo mejor es estar solo– mientras que Carlo entendía al menos un poco los pensamientos de su hijastro, Lisa no estaba de acuerdo con sus planes, ella se acerca a Marco y puso sus manos en su cara de forma cariñosa.

–Marco, quieren matarte, por Dios escúchame por... – el joven apartó las manos de su hermana y se levantó de la silla, pero los intentos de Lisa por convencer a su hermano no pararon –Yo puedo ayudarte, no hace falta que estés solo–.

–Ha matado a Flora, no quiero ponerte en peligro– Lisa estaba a punto de hablar, pero las palabras se quedaron atascadas en su garganta, sabía que no convencería a su hermano y eso le hacía sentir impotente ante aquella situación.

Marco ya había tomado su decisión, y nadie podía detenerle. Los tres estaban en el altar de la iglesia, Carlo le dio un abrazo y un beso a su hijastro. –Ten cuidado Marco– el joven asintió con la cabeza y una vez más abrazo a su padre. En cuanto Marco miró a su hermana esta se lanzó a él y le abrazó con tanta fuerza que le costaba respirar.

–Si que tienes fuerza Lisa– dijo Marco con una sonrisa en su rostro.

–No te entiendo... – susurró Lisa entre sollozos, al ver que su hermana estaba llorando la sonrisa en el rostro de Marco desapareció –Siempre he hecho lo que tú has querido... Siempre te has alejado de mi... ¿Y ahora quieres que te deje sólo? –.

Marco le devolvió el abrazo a su hermana, y eso no dejaba de significar que él se quedaría allí. Lisa lo apartó y se fue de la iglesia sin siquiera

darse la vuelta.

–Espero que entiendas a tu hermana– dijo Carlo mientras ponía su mano en el hombro de Marco. Lisa lo había pasado realmente mal durante la época en la que Marco trabajó para Stones su hermana casi siempre estuvo sola y sin su compañía. Marco era tan solo un joven de dieciocho años cuando comenzó a lidiar con bandas criminales, pero Lisa era una niña de once años que no tuvo ni el calor de sus padres, ni la compañía de un hermano que existía, pero que nunca estaba.

–Si necesitas algo puedes llamarme– fueron las últimas palabras de Carlo antes de abandonar la iglesia. Marco se quedó solo y en silencio, su mente estaba tan llena por los pensamientos de su pasado y por las lágrimas de su hermana que por unos momentos se le había olvidado que alguien intentaba matarle. Finalmente acabó por entrar a la oficina de Carlo y esperar a que el tiempo pasase.

Marco no había pegado ojo durante toda la noche, había salido de la oficina de Carlo para tomar un poco el aire y para leer. Como toda la iglesia estaba sumida en la oscuridad de la noche, para que Marco pudiera leer en el salón principal debía ponerse frente a la vidriera y aprovechar el claro de la luna.

Ya eran las cuatro de la mañana y hasta ese momento no ha habido señal de vida de aquel asesino de téras del que le habían hablado. Marco cerró el libro y lo puso contra su frente a la vez que cerró los ojos.

“Quizás pueda dormir un poco” se dijo a si mismo en sus pensamientos. El joven se dio la vuelta y comenzó a caminar hacía la oficina de su padrastro cuando un ligero ruido llamó su atención, era como el sonido de pequeños petardos explotando a la lejanía. Marco dio marcha atrás y no despegó la mirada de la vidriera, pues era la única manera que tenía de ver el exterior.

Aquel sonido se acercaba cada vez más, y en cuanto estuvo lo bastante cerca para escucharse con claridad Marco lo distinguió. Era el sonido de unos disparos. Era algo raro de escuchar por Alexandria, pero no sospechoso, por lo que sin preocuparse mucho por la situación Marco volvió a darse la vuelta, en ese momento la luz de la luna desapareció y en menos tiempo del que Marco tuvo para reaccionar, una gran sombra atravesó la vidriera y derrapó por el suelo de la iglesia hasta detenerse a metros de Marco, quien aún estaba patidifuso. No solo porque una persona hubiera hecho esa entrada, sino también por que aquél desconocido tenía dos grandes alas negras.

Marco dejó su libro en el suelo y lentamente comenzó a acercarse a la persona alada. Quien estaba en el suelo no paraba de quejarse y gruñir, estaba intentando levantarse, pero no podía hacerlo, tenía heridas de bala en su espalda y en sus dos grandes alas negras. Cuando Marco estuvo a su lado se agachó y le dio la vuelta para verle la cara con más claridad.

Se descubrió el rostro de una mujer de pelo corto y un negro tan fuerte que no se podía distinguir del de la chaqueta que Marco llevaba puesta. La desconocida abrió los ojos lentamente, sus ojos eran del mismo color que su pelo, un negro puro. Ella agarró a Marco de su chaqueta e inclinó su cabeza hacia él, sus uñas estaban tan afiladas que rasgaron la tela de su abrigo.

–Ve...te– susurró con dolor, al acabar la frase la joven no tenía fuerzas para sostener ni su propio peso, dejando caer su cabeza contra el suelo. Por suerte, Marco reaccionó y logró cubrirla del golpe.

–¿Qué te ha pasado? – preguntó con preocupación. La joven no respondió, pero tampoco hizo falta.

Las puertas de la iglesia se abrieron con fuerza de par en par y entraron tres hombres armados con pistolas, quienes no dudaron en ningún momento de apuntar a Marco con ellas. El joven de pelo rubio se levantó y se puso rápidamente delante de la herida.

–No tienes nada que ver con esto... Vete– dijo la alada, pero Marco no le hizo caso. Ella con las pocas fuerzas que le quedaban se puso de rodillas frente a los hombres armados.

–¡Corneya! ¡Deja de huir de una vez! – La joven se levantó adolorida y se agarró con fuerza a la chaqueta de Marco, quien también le ayudó a mantenerse en pie, ella respondía al nombre de Corneya.

–¡Me entregaré! ¡Pero bajad las armas, él no tiene nada que ver! – sus perseguidores no bajaron las armas, pero tampoco disparaban. Corneya comenzó a cojear dirigiéndose hacia sus agresores y sujetándose aún de la chaqueta de Marco. “gracias” susurró en voz baja, cuando estaba a punto de quitar la mano de la chaqueta Marco la sujetó con fuerza por la muñeca.

–¿Qué haces? – Marco se mantuvo en silencio y mientras la agarraba no le quitaba el ojo de encima a los hombres armados, los tres no dudaron ni un momento en poner los dedos sobre el gatillo y apuntar a Marco.

–¡Para! ¡No ves que te van a matar! – Marco no hacía caso a los gritos de Corneya, ella se había olvidado de su dolor y comenzó a forcejear para liberarse del agarre de Marco, a la vez que hacía eso no paraba de girar la

cabeza para mirar a aquellos hombres armados.

–¡Se acabaron los juegos! – gritó uno de ellos, los tres hombres comenzaron a disparar a la vez. Corneya con una agilidad envidiable se puso delante de Marco, lo abrazó para protegerle y le cubrió con sus alas negras mientras cerraba los ojos.

La joven gemía de dolor a la vez que su respiración se aceleró, pero por alguna extraña razón ella no sintió ni una bala darle. Al abrir los ojos vio que estaban cubiertos por una especie de cúpula de color dorado que dejaba ver el exterior. La joven perdió las fuerzas, y se hubiera caído al suelo de no ser por Marco, quien la estaba rodeando con el brazo para que no lo hiciera.

Marco había sido incluso más rápido que Corneya y con sus poderes creó una barrera para proteger a ambos. La joven alada estaba sorprendida, no se esperaba que aquella persona que estaba intentado proteger era un téra.

–Eres valiente– dijo Marco mientras Corneya no le quitaba el ojo de encima –Pero ahora déjame a mí– esas últimas palabras fueron acompañadas por una sonrisa, algo que en Marco se veía extraño.

Con suavidad el rubio dejó a Corneya en el suelo mientras tenía su otro brazo extendido hacía la barrera, esto lo hacía para mantenerla pie, una vez dejó a Corneya el elevó su brazo ante la atenta mirada de sus agresores, quienes aún estaban intentando asimilar lo que acababa de pasar. Marco comenzó a cerrar su mano lentamente y a la vez que lo hacía la barrera brillaba cada vez con más intensidad.

–Cierra los ojos– dijo Marco, Corneya no dudó en hacerle caso. El brillo que adquirió la barrera era tal que parecía que la iglesia estaba siendo bañada por la luz de la mañana. Cuando Marco acabó de cerrar su mano la barrera reventó. Para Marco y Corneya esto no fue nada, pero para quienes estaban fuera fue un ruido ensordecedor y una luz cegadora. Marco aprovechó que les había aturdido para moverse con gran agilidad entre los bancos de madera de la iglesia. Corneya se consideraba así misma una persona rápida, pero la velocidad de Marco era algo fuera de lo normal.

El joven primero se dirigió a por el hombre de la derecha, a quien de una sola patada en la cara dejó tumbado en el suelo, y seguidamente derribó al del medio. Los dos estaban separados por varios metros de distancia, pero entre que Marco pasaba de derribar a uno para derribar a otro no pasaban ni dos segundos. El último que quedaba en pie ni siquiera tuvo tiempo para recuperarse de la técnica de Marco antes de que este le inmovilizara en el suelo. Segundos después el agresor recuperó la vista

solo para ver como Marco estaba encima suyo.

–Veamos que tienes que enseñarme– dijo Marco, su mano de nuevo comenzó a brillar y con suavidad la puso en la frente del desconocido. Este empezó a agitarse y revolverse con desesperación mientras el joven de pelo rubio cerró los ojos para concentrarse. Por su cabeza estaban pasando muchas imágenes, de los hombres que acababa de abatir, Corneya y algún que otro lugar de Alexandria, pero no eran recuerdos suyos, si no de la persona sobre la que tenía su mano en la frente. Marco era capaz de leer los recuerdos de los demás, aunque la sensación no era muy agradable.

En cuanto acabó, Marco se levantó y dejó al hombre en el suelo, quien estaba inconsciente. Este se acercó a Corneya y se puso frente a ella mirándola con desconfianza.

–Estabas con los italianos– Corneya se mantuvo en silencio.

–¿Por qué estabas con La Luxana? – Diana Luxana era la persona más influyente en la actual Italia, y su grupo era conocido como La Luxana, un ejército privado tan grande que podría rivalizar con cualquier país que se le pusiese en frente.

Sin siquiera decir una palabra Corneya se inclinó hacia Marco y cerró los ojos.

–Sé que mis palabras no bastaran para convencerte... Míralo tú mismo– Marco no despegó la vista de Corneya, sin decir ni una palabra ignoró a la alada y caminó hacia los mercenarios de La Luxana.

–Les dejaré bien lejos de aquí, cuando se despierten no pensaran ni en volver por aquí–.

–¿Por qué confías en mí después de saber que he estado con ellos? – preguntó Corneya sin entender a Marco. Este se echó al hombro a uno de los mercenarios y sin siquiera darse la vuelta respondió.

–Los hechos dicen más de una persona que un simple interrogatorio– Corneya se quedó en silencio y no despegó la mirada de Marco, quien salió de la iglesia cargando con uno de los mercenarios.

Horas después el sol salió en Alexandria, Carlo estaba frente a las puertas de la iglesia con una bolsa de comida que había comprado en un supermercado cercano para Marco, al abrirlas vio a Marco sentado en las escaleras junto a una mujer con dos grandes alas y la vidriera de la iglesia hecha añicos. El padre dejó caer la bolsa de comida al suelo y se llevó las

manos a la cara.

–Es una historia muy larga– dijo Marco desde la otra punta de la iglesia.

Tras treinta minutos de una larga explicación (y aún más larga asimilación) los tres se sentaron en las escaleras, Marco y Carlo comenzaron a desayunar, pero Corneya se negó. Marco se levantó y le tiró uno de los bocatas que Carlo había traído.

–Necesitas recuperar energías– Al acabar de desayunar Marco se levantó y se puso frente a Corneya.

–Supongo que tendrás ganas de irte, en cuanto te recuperes te dejaré marchar– Corneya se levantó de las escaleras y miró fijamente a los ojos de Marco.

–Mu...Muchas gracias– dijo la joven con la cara sonrojada. Marco no pudo evitar sonreír, este extendió su mano hacia Corneya. –Me llamo Marco–.

Corneya abrió de golpe sus alas y Carlo se sobresaltó tanto que por poco creía que le daría un ataque, cada ala de Corneya mediría por lo menos dos metros y medio. Esta pasó una de sus alas por la mano de Marco, era una sensación cálida y que por unos momentos le produjo un ligero cosquilleo. Al retirar su ala en la mano de Marco había quedado una pluma negra dura como una piedra, sí, pero a la vez hermosa como cualquier gema.

–Camelia– dijo la alada, Camelia era su verdadero nombre y Corneya tan solo un apodo. Antes de que la conversación continuara las puertas de la iglesia se abrieron de nuevo, Marco fue el primero en girarse y al ver quien era su rostro se tornó en una expresión de disgusto.

–Carter– Susurró con decepción.

Capítulo 3

Marco caminó lentamente hasta la puerta, donde estaba Carter esperándole. Ambos se miraban fijamente a los ojos sin apartar la mirada el uno del otro, era como un duelo de miradas, pero cambiando la diversión por una tensión constante que en cualquier momento podría explotar. Marco se puso frente a Carter, aún continuaba mirándolo a los ojos.

–¿Qué haces aquí? – preguntó Marco con sequedad.

–Sara me dijo que no harías nada contra el téra al que perseguimos– respondió Carter más seco aún si cabe –Fui a tu casa, pero lo único que me llevé fue una mala mirada de tu hermana–.

Carter miró por detrás de Marco, llevándose la sorpresa de que allí estaba Corneya, en cuanto la vio ignoró por completo a Marco y comenzó a caminar hacia ella rápidamente, pero fue el propio Marco quien lo detuvo.

–¿Qué hace ella aquí? – las preguntas esta vez escalaron en intensidad rápidamente.

–Aquí puede estar quien yo quiera– respondió Marco, Carter dio media vuelta y esta vez se encaró contra su antiguo compañero.

–Parece que no has cambiado esa actitud tuya de hacer lo que se te cante en gana–.

–Y tú parece que sigues siendo el mismo perrito faldero de Stones– las últimas palabras de Marco acabaron con la paciencia de Carter, quien no dudó ni un momento en agarrar del cuello de la chaqueta a Marco, este último no movió ni un dedo, estaba esperando a recibir el primer golpe para entonces devolvérselo con más fuerza aún.

–¡Parad de una vez! – fue Carlo quien tuvo que detenerles, se acercó a ellos y los separó. –¡Parecéis niños pequeños! –.

Carlo se acercó a su hijo. –Entra en razón por favor, tu vida está en peligro. Nadie te pide que vuelvas a trabajar para él, pero tenéis que hacer algo con él, no podéis dejar que campe a su anchas–.

Marco se mantuvo en silencio, su padre tenía toda la razón pues en este caso no era solo su vida la que estaba en juego, Marco se acercó a Carter.

–Trabajaré con vosotros, pero con dos condiciones– Carter movió la cabeza para indicarle a Marco que continuara hablando. Él apuntó con su

dedo a Camelia.

–Ella se queda aquí– Carter miró fijamente a la alada, quien tampoco se estaba perdiendo ninguna palabra de la conversación, este asintió con la cabeza y espero a la segunda condición de Marco.

–Y quiero hablar con Stones– al escuchar la segunda condición el rostro de Carter cambió, al parecer aquello no sería posible.

–Ahora mismo Stones no está aquí–.

–No hay problema, puedo esperar– añadió Marco, entonces la respuesta para aquella condición fue también un sí. –Nos vemos fuera, date prisa– Carter salió de la iglesia para esperar a Marco fuera.

–Volveré pronto Carlo– Marco le dio un abrazo a su padrastro y salió de la iglesia para reunirse con Carter. Carlo se había quedado solo con Camelia y en la iglesia se había formado un silencio muy incómodo, más para Carlo que para Camelia.

–Bueno...– la joven alada se giró para escuchar mejor a Carlo –¿Te apetece ver la televisión? –.

Marco y Carter se dirigieron directamente a uno de los rascacielos de Stones que se encontraba en Alexandria. Marco ya había estado allí más veces y nunca le había gustado el panorama, era un edificio gigante, lleno de gente y siempre había ruido a todas horas. No era el mejor lugar para trabajar.

Por dentro no había mucho cambio a como se veía por fuera, pasillos inmensos de paredes blancas y sin personalidad y llenos de mesas y trabajadores a los que no se les veía con muchas ganas de currar. Por suerte, Carter y Marco se dirigían a una de las zonas más silenciosas del edificio, estaba situada en el sótano -2, allí se encontraba la sala de reuniones. Una sala que esta vez se encontraba un poco más decorada por algún que otro mueble, destacando una mesa circular en el centro donde se sentaban los agentes de Stones. Hacía muchos años que Marco no pisaba aquel lugar, la última vez fue para sentarse en aquella mesa circular y decir a sus compañeros que abandonaría su puesto, hoy se volvería a sentar para reunirse con Carter, Sara y Frederick.

Al entrar en la sala Sara y Frederick ya estaban sentados, Frederick miró de frente a Marco y esbozó una ligera sonrisa, hacía ya mucho tiempo que no se veían, y si ya hace cuatro años Frederick parecía un anciano, ahora tenía un aspecto aún peor, tenía un pelo completamente blanco, acompañado por una cara llena de arrugas y alguna que otra cicatriz, y

era normal que tuviera apariencia de anciano, pues ese mismo año acababa de cumplir los sesenta años. Quien no estaba por allí era Niles, el siguió los mismos pasos que Marco, pero los cumplió al pie de la letra porque no quiso siquiera presentarse a la reunión

Frederick se levantó y extendió la mano para saludar a Marco, el joven le devolvió el saludo esbozando una ligera sonrisa que de nuevo parecía bastante forzada.

–¿Qué tal te encuentras? – preguntó Marco con curiosidad. –Vivo, por suerte– respondió Frederick, en ese momento en su rostro se podía ver la pena que sentía porque su compañera no haya podido correr la misma suerte.

Todos se sentaron en la mesa circular y comenzaron a trazar el plan.

–Debemos acabar con esto lo antes posible, lo mejor será buscarle– la idea de Sara no era del todo descabellada, pero fue Frederick quien la desechó.

–No es mala idea, pero es imposible buscar a un tipo que literalmente se funde con las sombras– Sara soltó un suspiro y puso sus dos manos en la frente para intentar pensar en otro plan. Marco aprovechó para preguntarle cómo le atacó a él y Carter.

–Era de noche, se movía tan rápido que no podía verle la cara, solo vi cómo me caían los golpes– la última aclaración fue acompañada con una ligera carcajada de pena a sí mismo. Marco agachó la cabeza y miró fijamente a la mesa. Tenía las habilidades perfectas para matar a alguien y desaparecer al instante, básicamente se trataba del asesino perfecto.

Carter se levantó de la mesa y de un armario que se encontraba a la derecha trajo unos pequeños círculos plateados con un botón en medio. Marco sabía perfectamente para que servían, era como un pequeño gps que servía como localizador.

–Llevaremos uno cada uno, si alguien lo ve daremos un toque para que los demás lleguemos cuanto antes– No era la idea más efectiva, pero si la única que podría funcionar en una situación como esa. Marco, Carter y Frederick cogieron los suyos, pero Sara no lo hizo, algo que llamó la atención de Marco.

–Tú también deberías coger uno niña– Carter y Frederick miraron fijamente a Marco con una sonrisa, la única que se sintió indignad por aquel comentario fue Sara.

–Tengo veinticinco años– a Marco se le abrieron los ojos como platos, era difícil sorprenderle, pero esta vez lo habían conseguido, esa niña a la que

le sacaba por lo menos dos cabezas tenía tan solo dos años menos que él. Por un momento el joven de pelo rubio llegó a pensar que ni siquiera había cumplido la mayoría de edad. Sara cogió un localizador de la mesa y se lo guardó en el bolsillo con un rostro de tristeza después de escuchar el comentario de Marco, quien incluso se llegó a sentir un poco mal al verle la cara, no por el comentario en sí, sino porque cuando Sara estaba triste parecía una niña a la que se le acababa de perder un juguete.

Ya había caído la noche y Marco no había podido descansar ni por la noche ni en el día, sus párpados ya querían cerrarse solos y sus piernas le estaban pidiendo a gritos un descanso, pero este aún se mantenía de pie frente a la vidriera, esa noche había luna nueva, por lo que ni siquiera tenía la luz de la luna para despejarse un poco. Camelia aún estaba en la iglesia, ella pasó la mayor parte del día en las vigas del techo de la iglesia, en cuanto Marco llegó le explicó la situación a su nueva compañera, por lo que la joven alada sentía aún más pena al ver deambular a Marco por la oscuridad. Ella aleteó desde arriba y bajo hasta el suelo para hablar con el rubio.

–Deberías dormir–.

–Sabes que no puedo– respondió Marco intentando mantener la compostura. Camelia se acercó al joven y le miró directamente a los ojos.

–Ya no distingo entre tus ojos y tus ojeras– dijo con una sonrisa.

–Duerme, yo vigilaré–.

A Marco aún no le acababa de convencer aquel plan, por lo que en vez de responder decidió quedarse callado para ahorrar las pocas fuerzas que le quedaban.

–Confía en mi– Marco miró fijamente a los ojos de Camelia y finalmente cedió, sin siquiera pensárselo dos veces él se tumbó en el suelo de la iglesia bocarriba y cerró los ojos. No pasaron ni dos minutos antes de que cayera rendido.

Marco abrió lentamente los ojos al notar que el sol ya le estaba dando en la cara, solo había dormido cuatro horas, pero para él habían sido como las mejores cuatro horas que jamás había dormido en su vida. En la viga del techo que estaba justo encima de Marco se encontraba sentada Camelia, que al ver que Marco se despertó le esbozó una sonrisa.

–¡Ves cómo podías confiar en mí! – gritó desde arriba, Marco no pudo evitar sonreír ante aquel comentario. Camelia y Marco continuaron

hablando tranquilamente durante unos quince minutos, entonces se detuvieron al escuchar que se abrían las puertas de la iglesia, esta vez era Lisa quien entraba. Marco se levantó rápidamente al ver el rostro de preocupación de su hermana.

–¡Marco! ¡Mateo ha ido a hablar con los acreedores! – El rostro de Marco se puso pálido por un segundo, si aún estaba algo adormilado aquella noticia lo dejó más despierto que si se hubiera bañado en una taza de café.

–¿¡Acaso quiere que lo maten!?! ¡Es idiota! – Gritó Marco a los cuatro vientos saliendo de la iglesia junto a su hermana para ir a buscar a Mateo.

Capítulo 4

Marco y Lisa no perdieron el tiempo, lo primero que hicieron fue dirigirse con rapidez a la casa de Mateo. Esta se encontraba no muy lejos de la iglesia, aunque para encontrarla sí que fue un trabajo duro pues el portal estaba en medio de un oscuro callejón que no inspiraba mucha confianza. Lisa estaba a punto de tocar el timbre, pero en cuanto Marco se apoyó en el portal la puerta se abrió sola sin ningún esfuerzo. Los dos hermanos se miraron fijamente, aquel lugar era el peor cuchitril en el que habían estado, y eso que ambos no habían llevado una buena vida que se diga.

La casa de Mateo estaba en el segundo piso, por suerte mientras subían las escaleras el lugar mejoraba por momentos, al menos dentro de lo malo que era vivir allí. Al llegar Marco dio dos golpes en la puerta, desde dentro se escuchaba como alguien caminaba, a un ritmo muy lento, pero estaba llegando a la puerta.

Quien les abrió la puerta a los hermanos fue la madre de Mateo, su aspecto no era muy bueno, era una mujer muy por debajo de su peso, pálida y tenía poco pelo, parecía que en cualquier momento se caería al suelo.

–Buenos días, pasad– dijo la madre de Mateo con una gran sonrisa en el rostro, los dos hermanos entraron. Aunque por fuera el edificio en general estuviera en muy mal estado, la casa de Mateo estaba muy limpia y ordenada, decorada con un montón de fotos familiares y cuadros que evocaban a hermosos paisajes. Marco se acercó a la madre de Mateo y comenzó a hablar de lo realmente importante.

–¿Sabes a dónde ha podido ir tu hijo? – La mujer tan solo agachó la mirada y negó con la cabeza.

–Sólo escuché como hablaba con ellos y de pronto se fue, en ese momento llamé a Lisa. Los hermanos se el uno al otro, la decisión de Mateo fue una de las peores que una persona podría tomar, los acreedores a los que les deben dinero no son las mejores personas del mundo que se diga, más bien todo lo contrario, unos canallas.

Marco y Lisa optaron por el plan más viable en aquella situación, separarse y buscar a Marco por toda Alexandria.

–Espere aquí señora, traeremos a Mateo– Marco fue el primero en levantarse de su silla. –Yo comenzaré a buscar por la zona norte, tú ve a la sur– su hermana asintió con la cabeza al escuchar su orden, seguidamente Marco salió por la puerta rápidamente, yendo directamente a la zona norte de la ciudad. Por aquella zona la ciudad era algo distinta, las casas eran bastante más grandes y para gente más acomodada, algo

que Marco nunca podría permitirse, pero tampoco se podría decir que lo quisiera. Ya se había pateado la casi toda la zona norte y ni rastro de Mateo, por cada calle recorrida la preocupación de Marco era cada vez mayor. Ya solo le quedaba una zona por mirar, el pequeño puerto de mercancías. No esperaba encontrar mucho por allí, pero por mirar no se perdía nada.

El joven no tardó mucho en llegar, normalmente Marco se hubiera relajado al olfatear el suave olor del agua, pero en este caso no fue así, sus pensamientos estaban totalmente bloqueados en encontrar a Mateo rápidamente. La sorpresa de Marco fue mayúscula al ver que Mateo se encontraba sentado frente al agua, el joven téra se acercó lo más rápido posible hacía donde estaba sentado. Mateo se dio media vuelta y al ver a Marco se levantó rápidamente del suelo con temor. Cuando Marco estuvo a su lado agarró al joven con fuerza de la muñeca

–¿Qué haces aquí? –

–¡¿Qué haces tú aquí?! – respondió Marco con otra pregunta en un tono intimidante. Mateo no supo que responder y se mantuvo en silencio.

–¿Cómo se te ocurre venir a ti solo a hablar con esos desalmados? – Mateo empleó toda la fuerza que tenía para liberarse del agarre de Marco (o más bien fue Marco quien decidió soltarle).

–Tengo que hablar con ellos, sabes que no podemos continuar llevando una vida así– Marco entendía completamente por qué Mateo había hablado con ellos, pero aquello no era la solución más viable, los prestamistas que le dieron dinero a Mateo y su madre son unas personas terribles. Marco intentó convencer de nuevo a Mateo para que se marchase, pero ya era demasiado tarde, los prestamistas habían llegado. Marco colocó a Mateo detrás suyo con sutileza, delante de él había cinco personas, altas, corpulentas e intimidantes.

–Te dije que el chico no vendría solo– dijo uno de los prestamistas. Marco miró de reojo a Mateo.

–Vete a la iglesia– le dijo, Mateo no quería irse, pero Marco lo repitió esta vez en un tono seco y fuerte.

–Vete– esta vez Mateo hizo caso y corrió desapareciendo por la izquierda de Marco, los prestamistas lo ignoraron y se centraron completamente en el joven Marco, quien no les quitaba el ojo de encima.

–Dejad al chico en paz, yo pagaré lo que os debe– los prestamistas ignoraron las palabras de Marco y comenzaron a rodearle lentamente,

Marco soltó un suspiro de resignación.

–He dicho que dejéis al chico en paz– repitió Marco con la misma voz intimidante que usó con Mateo, pero esta no funcionó con ellos.

–Primero iremos a por ti, y después a por el chico– los cinco prestamistas desenfundaron unas armas que llevaban escondidas. Marco volvió a suspirar profundamente. En cuanto el suspiro acabó los prestamistas se abalanzaron sobre él. Durante los siguientes segundos se escucharon varios disparos seguidos de los gritos de dolor emitidos por los prestamistas.

Lisa y Mateo se encontraban inquietos dentro de la iglesia, tras una larga hora de espera las puertas de la iglesia se abrieron lentamente, Marco entró a paso lento y calmado, su rostro reflejaba agotamiento a la vez que una seriedad aterradora. Lisa corrió rápidamente hacia él y le dio un fuerte abrazo, Marco tenía algunos rasguños en sus brazos que preocuparon a su hermana.

–¿Estás bien? – Marco asintió con la cabeza y lentamente caminó hasta colocarse frente a la gran vidriera rota, allí estaba Mateo sentado.

–La próxima vez que te diga algo me harás caso. Sea lo que sea y me incumba o no– Mateo se mantuvo en silencio y con la cabeza agachada.

–Deja de hacer tonterías que pongan en peligro tu vida– Mateo se levantó rápidamente del suelo y se encaró contra Marco, Lisa y Camelia, quien estaba en la viga del techo, se sorprendieron al ver la reacción del joven.

–¡No son tonterías! –.

–A veces es mejor dejar las cosas como están y esperar– respondió Marco manteniendo la calma y la sangre fría, algo que no hizo Mateo al escuchar la respuesta de Marco.

–¿Acaso esperas que huya de mi vida cómo has hecho tú durante todos estos años?! – a Marco se le abrieron los ojos como platos al escuchar las palabras de su amigo.

¡PLAS!

Lisa no dudó ni un instante en darle tal cachetada a Mateo que incluso se cayó al suelo, el sonido del golpe retumbó con eco por toda la iglesia, después todo el lugar fue inundado por un profundo silencio que nadie quiso romper. Mateo sin decir ni una sola palabra y conteniendo las lágrimas salió corriendo de la iglesia ante la atenta mirada de Marco y

Lisa.

Lisa se acercó lentamente a su hermano.

–Tranquila, estoy bien– dijo a la vez que se apoyó en el estrado donde se colocaba el padre Carlo para dar la misa, allí se mantuvo unos largos segundos en silencio y con los ojos cerrados.

Marco sacó su móvil del bolsillo y marcó lentamente el número de Carter, antes de llamarle se lo pensó detenidamente, hasta que al final lo hizo. El tono de llamada sonó tres veces hasta que finalmente lo cogió. Lisa podía oír ligeramente la voz de Carter a través del auricular.

–¿Aún estoy a tiempo de añadir una tercera condición? – preguntó Marco y Carter le respondió, pero no con agresividad, era como si supiera que algo importante estaba pasando por la cabeza de su antiguo amigo.

–Conozco un chico... Está teniendo algunos problemas y necesito que le ayudéis– Lisa no podía creer lo que estaba haciendo su hermano, después de como Mateo le había hablado él aún estaba pensando en ayudarle, tras hablar un rato más con Carter este colgó el teléfono no sin antes darle las gracias a Carter.

Lisa no paró de mirar fijamente a su hermano.

–¿Qué? –

–Nadie merece una persona como tú en su vida– al escuchar lo que dijo su hermana Marco no pudo evitar que se le escapara una sonrisa. –No exageres–

Camelia aleteó con fuerza para aterrizar rápidamente detrás de Lisa, quien se llevó un susto de muerte e incluso abrazó con una fuerza abrumadora a su hermano.

–¿Quién es ella?! – gritó, Marco no pudo evitar reírse al ver la reacción exagerada de su hermana.

–Es Camelia, una nueva amiga– Lisa aún estaba con el corazón en la mano, pero aun así se acercó a Camelia y le saludó.

–Por favor, no me vuelvas a dar esos sustos– pidió Lisa con una voz entrecortada, Camelia tampoco pudo evitar reírse al escuchar aquella propuesta.

Estaba a punto de caer la noche y Lisa aún se encontraba en la iglesia, ellos se habían quedado a solas y la joven Stray estaba a punto de marcharse a su casa, no sin antes hablar con Marco e intentar convencerle de nuevo para que pudiera quedarse a ayudarlo. A lo que de nuevo su hermano respondió que no.

–Lisa no quiero ponerte en peligro, entiéndelo–.

–Y tú entiéndeme a mí, creía que todo esto había terminado y resulta que no sé qué no es tu culpa, pero ya no soy una niña que necesita quedarse sola y marginada en una esquina– las palabras de Lisa fueron muy contundentes, Marco casi estuvo a punto de ceder, pero finalmente no lo hizo, este le dio un abrazo a su hermana.

–Lo siento Lisa... pero esto no quiero que te veas envuelta en esto– Lisa esta vez no le devolvió el abrazo a su hermano y se fue con resignación de la iglesia. Tras unos segundos Camelia llegó volando y entró por la vidriera.

–¿Ya estás recuperada? – preguntó Marco.

–No del todo, aún me cuesta mantener bien rumbo–.

–Entonces no te preocupes, no tenemos prisa– dijo Marco a la vez que se sentó en las escaleras frente al estrado, Camelia se sentó a su lado, era la primera vez que hacía eso.

–Tengo una pequeña pregunta, si no te importa claro– Marco giró la cabeza para mirar a Camelia.

–¿A qué se refería aquel chico con huir de tu vida? – la pregunta de Camelia fue bastante directa, tanto que Marco no se la esperaba, pero también sabía que algún día saldría alguna que otra pregunta sobre su pasado, y estaba preparado para responderla.

–Es una larga historia– dijo esbozando una falsa sonrisa. –La noche es larga–respondió Camelia esbozando otra sonrisa, pero una real.

Marco miró al suelo y cogió aire.

–Todo comenzó hace diez años–.

Capítulo 5

Yo trabajé para Stones, al igual que tú hace unos días lo hacías para Luxana, pero tenía un puesto muy importante entre sus tropas. Fui el líder de por así decirlo, las fuerzas especiales de Stones.

Hacíamos desde los trabajos más honestos, como dismantelar bandas criminales hasta los más sucios y rastreros.

Uno de mis primeros trabajos fue el de acabar con una banda criminal.

El Marco de diecisiete años era muy distinto al actual, tenía mucho menos cuerpo y era algo más pequeño que ahora. Tenía el pelo muy corto y en su rostro se veía que estaba algo asustado.

El escuadrón 144 estaba a punto de asaltar un viejo almacén en el bosque. Carter no era muy distinto a como era ahora, al igual que Marco tan solo tenía menos complexión atlética.

Hace diez años Frederick aún tenía la movilidad y fuerza suficiente para destacar en sus inicios como el más fuerte del grupo, aunque ya se sabe que después ese puesto le sería arrebatado por el joven Marco.

Flora era una mujer muy joven, tenía tan solo tres años más que Marco, aunque ya gozaba de más experiencia que él, ella tenía un pelo largo que ondeaba al son del frío aire del bosque y un rostro amable y cálido.

Por último, Niles era alguien algo más mayor que Flora, aunque igualmente bastante joven. Era el que más proyección tenía de los cinco, pero también al que menos le gustaba la idea de trabajar para Stones. Era un joven de pelo corto y de color negruzco.

–Ese es nuestro objetivo, ya sabéis lo que hay que hacer... – Frederick siempre fue el líder del escuadrón y su experiencia le precedía. Era el estratega perfecto en cuanto a asuntos militares. El escuadrón se movilizó rápidamente entre la oscuridad hasta llegar al almacén.

Una puerta enorme evitaba que el escuadrón pudiera entrar al viejo almacén, aunque no era problema para Flora, su poder básicamente era ser muy fuerte, extremadamente fuerte. Todos se alejaron de la téra que de un solo puñetazo no solo tumbó la puerta, sino que también la empujó varios metros dentro del almacén arrasando con todo lo que tenía detrás.

El escuadrón aprovechó el desconcierto causado por Flora para entrar rápidamente. Carter era el único de allí que poseía dos poderes, como Flora también tenía mucha fuerza, no poseía tanta como ella, pero era capaz de hacer grandes cosas. Era su segundo poder el que le daba la

mayor parte de su reconocimiento, era capaz de crear fuertes ondas de choque.

Carter se puso frente a varios criminales y con tan solo apuntar sus brazos al frente creó una gran onda que hizo que todos los criminales volaran a metros de distancia.

El poder de Frederick era algo más letal que el de Carter, el veterano se acercó a una de las vigas que sujetaban las plataformas de hierro del almacén. Con ese simple gesto el téra fue capaz de controlar toda la estructura de metal a su antojo, inmovilizando con grandes látigos de hierro a la mayoría de los criminales que estaban sobre las vigas.

Niles era el más especial de todos, pues este no era un téra sino un mago, y uno de los buenos, con tan solo un movimiento de muñeca hizo levitar a todos los criminales que se encontraban en el piso de abajo para después estamparlos con fuerza contra el suelo.

Todos ellos habían limpiado el ochenta por ciento del almacén en menos de tres minutos. Pero aún quedaban algunos criminales en el piso de arriba, estos se armaron con varios lanzacohetes y no dudaron ni un instante en disparar contra el escuadrón, los cohetes iban lo suficientemente rápido como para que ninguno de ellos pudiera reaccionar para detenerlos, ninguno excepto Marco que, con gran presteza creó una barrera enorme que le protegió a él y sus compañeros de los cohetes y las explosiones, e incluso después de soportar toda esa fuerza la barrera de Marco no presentó ningún rasguño.

–Una barrera perfecta muchacho– dijo Frederick dándole un toque en el hombro a Marco.

Finalmente, el escuadrón acabó de limpiar el almacén y desarticuló aquella banda criminal en un abrir y cerrar de ojos.

–Eráis buenos– dijo Corneya sorprendida de escuchar aquel relato de Marco.

Éramos los mejores Camelia, pero no todo eran trabajos buenos y caritativos. Como ya te dije antes también nos tocaba hacer los trabajos sucios de Stones...

Ya habían pasado cuatro años desde que se formó el 144, a lo largo de todo este tiempo Marco hizo tantos méritos que se llevó el puesto de líder del escuadrón, otorgado por el mismo Frederick. Marco y Carter también se habían hecho grandes amigos durante su estancia en el escuadrón, además de que Marco también se convirtió en el más fuerte del mismo.

El trabajo que hoy debían realizar para Stones era el de detener a un grupo de téras que estaban planeando un ataque terrorista, ellos se encontraban en la red de metro del subsuelo de Alexandria.

El escuadrón ya había repasado toda la red de pies a cabeza, pero no habían encontrado nada.

–¿Y si la información era errónea? – preguntó Flora mientras bostezaba con sueño, y era normal pues para ese momento eran las cuatro en punto de la madrugada.

–Es imposible, nos la ha entregado reconocimiento– dijo Frederick que aún parecía estar tan fresco como una lechuga.

Marco procedió a sentarse en el suelo y cerrar los ojos, dejó su mente en blanco y comenzó a acompasar el ritmo de su corazón al son de su respiración. Todos le estaban mirando extrañados pues eso no lo había hecho nunca.

–¿Qué haces Marco? – preguntó casi a punto de reírse su amigo Carter.

–He estado practicando un poco, haced silencio– nadie entendía a que se refería con "practicando un poco" pero todos hicieron silencio para dejar actuar a su líder.

Parecía algo casi imposible, pero literalmente la mente de Marco se quedó en blanco, no pensaba en nada que no fuera la concentración que tenía en aquel momento, los latidos de su corazón o su leve respiración. Pero de pronto comenzó a sentir algo más, no estaba allí con ellos, pero sí en la red de metro. El líder abrió los ojos de golpe y se levantó del suelo.

–Sé dónde están, seguidme– Marco comenzó a moverse rápidamente junto a su grupo, Niles fue el único que logró entender más o menos lo que había logrado hacer Marco y fue el mismo quien se acercó al líder.

–Marco, eres capaz de sentir energías– Marco miró extrañado a su compañero. –No sé de lo que me hablas–.

–Ni siquiera yo soy capaz, lo que has hecho es una técnica muy avanzada de magos– Marco aún no entendía muy bien a lo que se refería su compañero, pero estaba dispuesto a escucharle.

–Te lo explicaré rápidamente, todos tenemos una energía en nuestro interior, todos los seres vivos. Ya sean humanos, animales o plantas. Nosotros los magos tenemos la energía necesaria y los dotes para hacer que se manifieste en lo que vosotros llamáis magia, pero los que no son capaces de ser magos aun así poseen esa energía. Y tú eres capaz de sentirla, eso es algo impresionante– Marco había logrado comprender más

o menos a que se refería Niles.

–Entonces ¿eso significa que puedo llegar a ser un mago? – preguntó Marco con una ligera sonrisa en su rostro. –No lo sé, pero es probable–.

El escuadrón no tardó en llegar a donde Marco les indicó, pero allí no había nada, o al menos no lo había a simple vista, pues detrás de las paredes del metro había una pequeña compuerta muy escondida que no pudo escapar al ojo de Marco. Esa compuerta desvelaba una pequeña entrada que llevaba aún más abajo, estaba todo tan oscuro que se hacía muy difícil bajar por las escaleras.

–Ah, me has pisado Carter– gimió Flora entre la oscuridad. –No es mi culpa, Frederick va demasiado rápido–.

–Sois vosotros los que vais demasiado lentos, y callaos– dijo Frederick con un golpe de autoridad.

Al final de las escaleras había una puerta de metal oxidada, Marco tuvo que hacer un gran esfuerzo para poder abrirla, además de que el chirrido que produjo era insoportable. Flora que era muy sensible a los sonidos fuerte tuvo que taparse los oídos.

Lo que había tras la puerta dejó a Marco con la boca abierta.

Eran muchos téras, aunque a diferencia de la información que dio Stones estos no parecían terroristas, más bien personas indefensas y sin hogar que nunca podrían hacerle daño a alguien... Niños, adultos e incluso ancianos estaban ocultándose allí en el subsuelo, todos estaban asustados, algunos incluso llorando a mares, y todo ese terror lo provocó el 144 con su simple presencia.

–¿Qué hacen aquí los perros de Stones? – quien habló fue un anciano que se encontraba al fondo de la sala, tendría alrededor de los setenta años.

–¿Qué hacéis todos aquí escondidos? – preguntó Marco mientras caminaba hacía el anciano, a su paso todos los téras que había allí se quitaban de su camino. Era algo parecido a cuando Moisés abrió los mares, solo que con un trasfondo más oscuro. Marco era Moisés y en este caso el mar era todos los téras aterrados con su presencia.

–Somos el escuadrón 144 y yo soy su líder, Marco Stray– todos los téras de la sala se quedaron en silencio, incluso el propio escuadrón 144, Flora, Niles y Carter aún estaban tratando de procesar que estaba ocurriendo, mientras que Frederick observaba en silencio como actuaba Marco.

–¿Por qué merecemos el honor de conocer a la égida dorada en persona? – égida dorada fue el mote con el que se le conoció a Marco después de

sus grandes actuaciones en el 144, no solo inspiraba respeto y temor en EE. UU, si no en todo el mundo. Ya sea en Italia o Rusia, todo aquel tenía la orden de retirarse si veían en el campo de batalla a la égida dorada.

–¿O debería decir el cruel castigo de verte en persona? – Marco se mantuvo en silencio mientras no paraba de recibir todo tipo de puyas de parte de aquel anciano. Entonces fue Frederick quien se puso delante de Marco.

–Tienes valor anciano– el anciano ni siquiera se dignó a mirar a Frederick. Marco se mantuvo en silencio durante unos minutos mientras Frederick discutía con aquel anciano ¿le habían engañado? Estaba claro que ninguno de los que estaban allí podían ser terroristas, pero... ¿qué debía hacer? En ese momento hizo lo primero que se le pasó por la cabeza, lo que él creía que sería lo correcto.

Marco se colocó de espaldas al anciano para mirar de frente a Frederick.

–Nos vamos– dijo con voz autoritaria, ninguno de los del escuadrón se podía creer la orden que Marco acababa de dar, Niles y Flora entendían la orden que Marco acababa de dar, pero este no era el caso en Carter y Frederick. Carter porque siempre ha tenido un gran respeto hacía Stones, debido a que fue el quien desde muy pequeño le acogió y le trato como a un hijo, y Frederick porque siempre había servido a Stones, aunque esta admiración no significaba que estuvieran de acuerdo con los métodos de actuación de Stones, o al menos por parte de Carter.

–Eres el líder, pero tus órdenes no pueden revocar nuestra misión principal– respondió Frederick con aún más autoridad que Marco. Él se mantuvo en silencio y dio media vuelta para mirar a los ojos al anciano, quien aún le miraba fijamente.

–Llamaré a los refuerzos, nos los llevamos– dijo Frederick mientras salía de la sala, dejando al resto del escuadrón aún dentro.

–Marco... no podemos desobedecer a Stones– dijo Carter mientras miraba con pena a su amigo.

–Sí que podemos, y lo sabes– antes de que Carter pudiera responder fue el anciano quien se llevó la atención de todos en la estancia.

–Pero ninguno de vosotros quiere ir a la guerra. Si sólo os quedaréis aquí para sentir pena por nosotros es mejor que os vayáis– el escuadrón entero se quedó en completo silencio. La guerra a la que se refería el anciano era la guerra que actualmente se estaba librando en África entre el ejército privado de Stones, La Luxana y Borschevib, la mayor empresa que había en Rusia. Esta comenzó hace diez años, con pequeños periodos de paz y algunos intervalos de lucha, pero guerra, al fin y al cabo. Lo que

hacía Stones y es por ello por lo que era un peligro ser un téra en EE. UU era enviar a estos mismos a la guerra en contra de su voluntad, no hay mejor soldado que alguien capaz de encargarse de un batallón el sólo.

Los esfuerzos de Marco fueron en vano y finalmente Stones se llevó a todos los téras que había allí... incluso a los más pequeños. Marco siguió de cerca a todos, yendo junto al anciano en todo momento justo al final de la fila, cuando llegaron a la superficie ya estaba gran parte de los coches preparados para marcharse, justo cuando Marco y el anciano estaban a punto de salir del túnel unos soldados los detuvieron, separando a Marco del anciano.

–¿Qué se supone que hacéis? – dijo Marco sin entender nada y mirando fijamente al anciano.

–Órdenes directas de Stones– fueron las palabras de uno de los soldados justo antes de fusilar al anciano frente a los aterrados e impotentes ojos de Marco. Esa fue la última vez que lloró frente a sus compañeros de escuadrón.

–No puede ser...– Camelia se quedó impactada al escuchar los métodos de Stones, pero los de Luxana no eran mucho mejores, pero tampoco eran tan rastreros.

–Y finalmente... llegó el día en el que dejé de trabajar para Stones–.

La última misión del escuadrón 144 al completo fue la peor de todas y el punto de inflexión en la vida de Marco, ellos debían asesinar al anterior jefe de seguridad.

Era una orden inhumana y que iba en contra de todos los principios con los que se había creado en su momento el escuadrón. Lo peor fue que no solo tenían que acabar con él, si no también con todos los que en ese momento estuvieran a su lado...

Después de que el escuadrón acabara con toda la seguridad de la mansión pudieron ponerse frente a él, Oswald Naiswall. Un hombre igual o incluso más mayor que Frederick, que era quien le había inmovilizado en una de las sillas de madera de la mansión.

–No tenéis ni idea de lo que estáis a punto de hacer– Naiswall no parecía tenerle miedo a ninguno del escuadrón, era como si de alguna manera supiera que iban a llegar en cualquier momento.

–¿Por qué creéis que Stones os ha ordenado que me matéis? ¿Por caridad? ¿nunca lo habéis pensado verdad? Solo habéis aceptado su sucio dinero– Marco no podía ni mirar aquella escena, por cada palabra que

salía de la boca de Oswald la culpabilidad pesaba más en su corazón.

–Acabad con esto rápido...– para evitar que Oswald siguiera hablando Frederick le tapó la boca con un trapo blanco. Marco se dio la vuelta para no tener que mirar aquella escena grotesca, sin pensárselo ni un momento y en aquel instante Frederick acabó de un disparo con la vida de Oswald.

Fue en ese mismo instante, al escuchar aquel disparo que acabó con la vida de un inocente que Marco cambió.

Al salir de la mansión todos fueron dirección al cuartel de Stones, todos menos Marco, quien continuó recto hacía la calle. Todos le estaban mirando sorprendidos, pero fue Carter quien se acercó a él.

–¿Dónde vas Marco? – preguntó mientras agarraba a su amigo por el antebrazo

–Ya no mancharé mis manos con más sangre inocente Carter, no toleraré más este despropósito– Carter nunca había escuchado hablar así a su amigo, no era tristeza lo que había en su voz, si no rabia y furia.

–Si no me vas a seguir suéltame– Marco se liberó del agarre de Carter.

–No puedes irte así Marco– Carter volvió a agarrar con más fuerza a Marco, y este fue el peor error que pudo haber cometido, Marco se giró y en un abrir y cerrar de ojos golpeó con fuerza el estómago de Carter, el golpe estaba potenciado con los propios poderes de Marco lo que hizo que Carter se deslizara varios metros hacia atrás.

Carter miró a los ojos de su amigo, quien aún le miraba con rabia.

–Si te levantas no dudaré Carter– fue Flora la primera que intentó detener aquella absurda pelea, la joven corrió hacia ambos téras, pero lo único que se llevó fue una onda de choque de Carter que la volvió a empujar a donde estaban Niles y Frederick, seguidamente Carter corrió hacía Marco y preparó la onda de choque más fuerte que tenía a la vez que Marco preparó una de sus barreras, el choque levantó un vendaval de polvo y provocó un sonido atronador. La barrera que Marco había hecho quedó hecha añicos y el joven salió disparado hacía la carretera chocando con un viejo coche.

Marco miró fijamente sus manos, nunca nadie había roto de esa manera una de sus barreras, en ese momento supo que tenía que ponerse en serio, se levantó y miró fijamente a los ojos a Carter, quien le devolvió la mirada.

–¿A caso no vais a hacer nada? – preguntó Flora a sus dos compañeros, Niles ni siquiera la miró.

–Si nos metemos ahí probablemente muramos los tres, es mejor dejarles– respondió Frederick, quien no quitaba ojo de la pelea, incluso él que seguía al pie de la letra las ordenes de Stones sabía que lo que acababan de hacer fue una acción terrible.

Ni Marco ni Carter recuerdan bien como acabó aquella pelea, y nunca tuvieron el valor de preguntarle a alguno de sus compañeros el desenlace, tan solo se acordaban de que la pelea duró toda la noche.

Al día siguiente Marco se levantó adolorido en una cama del hospital, al parecer se había desmayado, en un primer momento creyó que había perdido la pelea, pero una de las enfermeras le aclaró que Carter se despertó poco antes que él y que ya se había ido de allí. Al lado de Marco había una carta de Stones escrita por su propio puño y letra, en ella le daba permiso a Marco para marcharse del escuadrón, y eso fue lo que hizo. Seguidamente Marco se vistió y salió del hospital directo a su casa.

Se colocó frente a la puerta y tocó varias veces el timbre hasta que le abrió la puerta una joven Lisa de trece años adormecida.

–¿Marco? –.

Marco entró al hogar sin mediar palabra y se sentó en el sofá, su hermana, aunque era bastante pequeña sabía que algo estaba yendo mal, ella cerró la puerta y se acercó a su hermano.

–¿Estás bien? – preguntó, en ese momento el rostro de Marco se llenó de lágrimas de impotencia, Lisa no sabía cómo actuar ante aquella situación, aunque parecía imposible nunca en su vida había visto llorar a su hermano, ella simplemente se acercó y le dio un cálido abrazo.

–Prometo que no te dejaré sola... nunca más– al escuchar las palabras de su hermano Lisa le abrazó con mucha más fuerza.

–Vaya... fue terrible– dijo Camelia sin siquiera saber cómo reaccionar ante aquel relato.

–Y ya sabes cómo fue toda la historia– dijo Marco esbozando una triste sonrisa.

–Si yo fuera tu hermana también le hubiera pegado a ese chico– respondió Camelia con una sonrisa en su rostro, Marco no pudo evitar soltar una pequeña risita.

–Bueno y cuándo me contarás tú...– las palabras de Marco fueron interrumpidas por una presencia que entró por la vidriera, en menos de un instante frente a Marco y Camelia se formó un remolino de un color negro azabache, el ambiente en un instante se volvió tenso y pesado. Camelia se levantó lentamente sobre la viga a la vez que extendió sus alas en posición de ataque.

–Ha llegado...– susurró Marco a la vez que sus manos se iluminaban con fuerza.

Capítulo 6

El huracán negro desapareció para dejar ver al asesino de téras.

Un hombre que rozaría los cincuenta años, de pelo blanquecino y piel morena, sus ojos mostraban un color negro al igual que el remolino que acababa de deshacerse. Escondía parte de su rostro bajo una capucha también negra y llevaba a su espalda una especie de espada.

–Por fin te encuentro, la égida dorada– aquel hombre comenzó a acercarse lentamente hacia Marco, Camelia extendió sus alas y varias de sus plumas apuntaron directamente hacia el asesino de téras.

–Un pájaro que no puede volar no está en condiciones de cazar– dijo el asesino de téras sin siquiera mirar a Corneya, Marco también hizo un gesto con su mano indicándole a su amiga que no hiciera nada. Esta pelea era suya.

–¿Por qué estás matando al escuadrón 144? – preguntó Marco sin quitarle ojo de encima a su enemigo.

–Estoy matando a unos monstruos al servicio de los más poderosos– respondió el asesino a la vez que sacaba algo de su chaqueta, Marco puso su mano frente a él para estar preparado por si hacía algo, pero lo que sacó fue una botella de alcohol. –Cógela–.

Con mucha fuerza le lanzó la botella a Marco, quien la agarró en el aire con las dos manos. La botella estaba escrita con letras en un idioma parecido al árabe.

–Es de mi país, aquel en el que los grandes han provocado una guerra que ha causado daños irreparables– Marco se mantuvo en silencio mientras escuchaba al asesino de téras.

–Vine a EE. UU buscando refugio del problema que ellos mismos causaron, y lo único que recibí fue una cacería perpetrada por ellos, y comandada por gente como nosotros, el escuadrón 144– Marco miró a los ojos del asesino, en vez de encontrar rabia se topó con algo que le sorprendió, mientras recitaba aquellas palabras su mirada no parecía mostrar ningún tipo de sentimiento.

–Estaba guardando esa botella para el perro más fuerte que Stones ha criado– el asesino desenvainó su espada, era una espada de un color morado oscuro, Marco sabía perfectamente de que estaba hecha, tenidita, uno de los materiales más preciados del mundo y por el que se iniciaron

muchas guerras en África.

–¿Quién te ha dado eso? – preguntó Marco con preocupación.

–Mi país ¿ahora está mal usar nuestros materiales para fabricar armas? – Marco hizo rodar la botella de alcohol por el suelo hasta una de las paredes de la iglesia.

–Guarda esa botella, nos la tomaremos en el infierno– de nuevo un tornado de color negro rodeó al asesino, pero la mayoría de oscuridad se concentraba en la espada. La tenidita se solía utilizar para concentrar grandes cantidades de energía en un solo punto, en este caso esa espada. Marco metió la mano en uno de los bolsillos de su chaqueta, la volvió a sacar y después se la quitó para tirarla lejos de allí.

El tornado oscuro ascendió y rápidamente se lanzó hacia Marco, el joven reaccionó rápidamente y creó una barrera para protegerse. El impacto de toda esa masa contra la barrera casi logra hacer caer a Marco, pero por suerte este estaba aguantando todo el peso de aquella oscuridad.

“Parece que tiene cierto poder para darle forma a la oscuridad, es parecido a mi poder sobre la luz” Marco estaba analizando detenidamente a su rival desde dentro de la barrera.

El asesino hizo retroceder la masa de oscuridad y desde el aire se echó hacia atrás con la espada en la mano para después dispararla como una lanza contra la barrera de Marco, la espada estaba cargada con tanta energía que logró hacer un agujero en la barrera y casi apuñala a Marco, pero por suerte sus reflejos fueron casi tan rápidos como el lanzamiento y el joven pudo esquivarla.

“Esa espada es demasiado peligrosa” un hilo negro pareció surgir de la espada y se unía con el asesino, como si tuviera vida propia la espada que estaba incrustada en el suelo salió despedida hacia la mano de su propietario.

El asesino ascendió de nuevo y dando una vuelta en el aire golpeo con fuerza la barrera de Marco con su espada, la parte de la barrera que fue golpeada se rompió como si se tratara de cristal.

–Esperaba más de la Égida dorada, no a una simple tortuga que no sale de su caparazón– Marco no se dejaba afectar por las puyas de su rival, él estaba aguantando todas sus acometidas hasta ver como funcionaban sus poderes. Marco concentró parte de sus poderes en su puño, con una fuerza brutal pegó un puñetazo al aire desde dentro de la barrera. El asesino no pudo evitar sonreír al ver aquella estupidez que consideró un acto de desesperación, pero en menos de un segundo fue como si un golpe de aire rompiera la barrera desde dentro e impactara contra el

pecho del asesino con la fuerza de un coche, el golpe fue tan fuerte que lo lanzó por los aires y entonces fue Marco quien esbozó una sonrisa.

La barrera desapareció y Marco arremetió desde la distancia utilizando la misma técnica que antes, pero esta vez el asesino logró esquivar los ataques que Marco le lanzaba.

–Una barrera perfecta que también posee un ataque descomunal, esto era lo que esperaba de la égida– el asesino colmó de halagos a Marco, quien no se los tomaba como algo de lo que sentirse orgulloso.

Marco tomó una distancia de seguridad contra su rival, quien aún miraba fijamente a Marco, por su exceso de confianza y la posición tan neutral de su cuerpo el joven sabía que el asesino aún no estaba usando toda su fuerza.

La oscuridad comenzó a girar formando un remolino alrededor del asesino, toda esa energía se estaba concentrando en la espada, la misma estaba ya tan cargada que la oscuridad se desbordaba como si fuera humo negro. El asesino ascendió y lanzó la espada de nuevo hacia Marco. El joven ya sabía sus intenciones y en vez de tratar de alejarse se acercó con rapidez al asesino y esquivó con maestría la espada, en ese mismo momento la espada se quedó suspendida en el aire, el asesino se colocó justo encima de Marco y atrajo la espada hasta sus manos.

–Jaque mate– el asesino lanzó la espada contra Marco con todas sus fuerzas, el choque hizo que toda la energía acumulada saliera de golpe causando una pequeña explosión que envolvió a Marco en la oscuridad de su rival.

–¡Marco! – Corneya bajo volando de la viga y apuntó con sus alas hacia el asesino.

–No tengo nada contra ti alada– aclaró, sin decir ni una palabra extendió su mano hacia la oscuridad que cubrió a Marco y atrajo su espada, aunque notó algo bastante extraño, y era que la espada estaba manchada de sangre en su punta, tan solo en el filo, lo que significaba que aquel golpe no le había dado de lleno a Marco.

Marco se encontraba dentro de toda la oscuridad, él se había intentado cubrir con una barrera que reventó en cuanto la espada chocó con ella, él ya sabía que eso pasaría y por eso reforzó el punto en el que golpearía el arma con la intención de que cuando lo haga se desviara de su trayectoria, fue una idea brillante que funcionó, la espada tan solo cortó un poco la pierna de Marco.

“Cómo he podido caer en un amago tan estúpido...” Marco levantó su puño y concentró su energía en él, cuando comenzó a brillar la oscuridad

alrededor de su mano huyó de la luz, era como si desapareciera. En ese momento Marco optó por cambiar su táctica. El joven hizo una barrera para protegerse y después comenzó a aumentar la intensidad de su brillo, a medida que aumentaba, la oscuridad se iba disipando.

Desde fuera el asesino y Corneya vieron como una luz intensa hizo que la oscuridad desapareciera. Marco descubrió que utilizando sus poderes podría contrarrestar los suyos.

–¡Marco! ¡Cúbrete! – después de soltar aquel grito Marco procedió a aumentar el brillo de su barrera al máximo, al mismo tiempo Corneya dio un gran salto, sus alas se erizaron, todas y cada una de las plumas de Camelia estaban tan afiladas como cuchillas, una fuerte lluvia de plumas inundó todo el lugar, cada una parecía tener la velocidad de una bala, las paredes de la iglesia estaban sufriendo el choque de las plumas de Corneya, la pintura y el yeso salían despedidos por todos lados, Marco desde dentro de su barrera estaba impresionado al ver la habilidad de su nueva amiga.

El asesino se movió rápidamente utilizando sus poderes, desde el estrado tuvo que alcanzar una de las paredes más cercanas evitando casi todas las plumas de Camelia, aunque fue imposible, varias plumas le hicieron cortes en piernas y brazos. Cuando la lluvia de plumas acabó Camelia acabó agotada y dolorida en el suelo, sus alas estaban sangrando en abundancia debido a utilizarlas sin haberse recuperado del todo.

El asesino miró con rabia a Corneya, se encontraba sangrando y con su chaqueta rota por varias partes.

–Se acabaron las tonterías– el asesino se abalanzó rápidamente hacia Camelia, quien no tenía ni una oportunidad para defenderse ante aquella acometida, pero fue Marco quien le salvó la vida creando una de sus barreras para defenderla, aún con aquel corte profundo en su pierna el joven podía correr como si estuviera en perfectas condiciones.

–Tú mismo lo has dicho– Marco preparó la misma técnica que usó contra los mercenarios de La Luxana, su barrera brilló con una fuerza inmensa y estaba a punto de reventar, el asesino decidió resguardarse rodeándose con la oscuridad como si fuera una especie de escudo. La barrera reventó y Marco se lanzó sin pensárselo contra el asesino, este hizo lo mismo contra Marco sujetándolo con fuerza de su camiseta blanca, ambos acabaron envueltos en la oscuridad del asesino y salieron rápidamente por la vidriera hasta el patio de fuera, el asesino empujó a Marco por el césped hasta que este chocó con una verja de metal.

–Estás perdido– dijo el asesino mirando con frialdad a Marco, en ese momento el sonido de un coche derrapando se escuchó desde la entrada

de la iglesia.

–¡Marco! – era la voz de Carter, él había acudido a rescatar a su amigo gracias a uno de los localizadores, en cuanto Marco escucho su voz le dio un fuerte puñetazo al asesino usando sus poderes, alejándolo a varios metros de él, momentos después Carter apareció tras la vidriera dando un gran salto.

El asesino se encontraba en medio de Carter y Marco, en ese momento una gota de sudor recorrió su frente.

–Marco... que no escape– Marco hizo sonar sus dos muñecas.

–Y tú no te contengas–.

En menos de un instante Marco lanzó una ráfaga de golpes a distancia contra el asesino, esquivó dos, cuatro e incluso seis, pero los golpes que Marco le estaba lanzando desde la distancia no eran más que una distracción, la intención era que el asesino los esquivara, todo para acabar justo delante de Carter, quien le dio tal patada que salió despedido hacia donde estaba Marco, este recibió al asesino con un codazo en la espalda y otro de sus golpes potenciados que de nuevo lo lanzó hacia Carter.

El asesino antes de llegar a Carter uso sus poderes para ascender lo más alto que pudo.

–Estos dos no son ninguna tontería– susurró el asesino mirando a ambos desde el aire, en ese mismo instante Marco corrió hacia Carter, quien se había agachado. Sin siquiera tener tiempo a reaccionar el asesino recibió un fuerte golpe potenciado de Marco en el pecho, este había usado la espalda de su amigo como apoyo para dar un gran salto.

El asesino perdió algo de altura que Carter aprovechó para lanzarle una de sus ondas de choque, lo que hizo que finalmente cayera al suelo. Marco se lanzó hacia el de nuevo con otra ráfaga de golpes, ninguno de los dos le estaba dando tiempo a su rival para que se tomara algún descanso, el asesino fue quien esta vez acabó contra la verja, presionado por Marco y Carter.

–Son monstruos...– el asesino alzo la vista para observar a Marco y Carter.

Marco se encontraba justo delante de Carter para cubrirle de cualquier posible ataque, y ambos no apartaban la vista del asesino, por separado quizás tuviera una oportunidad contra cualquiera de los dos... pero enfrentarlos a ambos a la vez era algo absurdo que se le escapaba de las

manos.

–Es hora de irse de aquí... tendré que usarles de carnada, de todas maneras, esos cabrones lo merecen– susurró el asesino en voz baja, una vez más el miró fijamente Marco y Carter, pero centrándose más en el primero.

–Marco ¿qué tal está Lisa? – al escuchar aquellas palabras el rostro de Marco se desencajo en un instante, Carter se giró para mirar a su amigo y en ese instante, aprovechando el momento de confusión el asesino usó sus poderes para huir de la escena, Marco ignoró que este se había ido.

–Lisa...– susurró Marco en voz baja, sin pensárselo dos veces salió corriendo de allí seguido muy de cerca por Carter, que también mostraba algo de preocupación por la hermana de su amigo.

Eran ya las cuatro de la mañana para cuando Marco y Carter llegaron, había un coche negro en la entrada junto a dos coches de la policía, la puerta había sido forzada y por los pasillos del edificio había varios cuerpos de mercenarios, algunos aún respiraban, otros no tuvieron la misma suerte. Al ver esto Marco subió rápidamente las escaleras hasta el primer piso, en medio del pasillo se encontraba una de sus vecinas, una señora mayor llamada Margaret.

–Marco, han atacado a Lisa por la noche– la señora estaba exasperada y no paraba de balbucear.

–¿Dónde está Lisa? –.

–Llegaron unos señores de negro, muy grandes y altos, llevaban armas y Lisa salió y... – la señora continuaba balbuceando y no paraba de enrollarse. Marco sujetó de los hombros a Margaret y le repitió de nuevo la pregunta, esta vez obteniendo la respuesta que quería.

–Está hablando con unos agentes, están en la azotea– en cuanto Marco escuchó lo que quería comenzó a subir las escaleras a zancadas hasta llegar a la puerta de metal que llevaba a la azotea, puerta que abrió de un fuerte empujón.

Lisa estaba atada a una silla, llena de moratones; el suelo estaba manchado de toda la sangre que había soltado Lisa.

Junto a ella había dos agentes, sin pensárselo dos veces Marco avanzó contra ellos con una rabia que hacía mucho tiempo que no sentía, con tan solo una mano agarró del cuello al primer agente que vio y lo elevó por los aires. Su compañero no se lo pensó mucho y desenfundó el arma, en

ese momento Marco zarandea al hombre que tenía entre su mano y lo utiliza para quitarle el arma al agente para después agarrarle por la camiseta con fuerza.

–Somos agentes, esto es un delito–.

–Como si sois Jesucristo, me da igual– fue Carter quien tuvo que intervenir para evitar que todo acabara en un desastre. Fueron varios segundos de discusión en los que el agente que Marco tenía sujeto por el cuello ya estaba morado, finalmente Carter convenció a su amigo y este soltó a ambos agentes, quienes cayeron como muñecos de trapo en el suelo. Aunque ahí no acabaría la discusión...

–¡Os vais a enterar! ¡Esto no quedará así! – dijo uno de los agentes mientras tosía para recuperar el aire, en ese momento Carter enseñó una placa, en esta estaba puesto su nombre junto a una foto suya y un sello, un diamante marrón con una S gris en su interior. En ese momento los dos agentes se calmaron al instante, fue como si les cayera un balde de agua fría.

–Tan solo estábamos cumpliendo con la operación Regen– dijo uno de los agentes antes de que ambos se fueran rápidamente de la escena. Sin perder el tiempo Marco desató la cuerda y levantó a Lisa de la silla.

Marco se acercó para darle un abrazo a su hermana... un abrazo que esta evitó mirando hacia otro lado.

–Lisa... yo...– Marco acercó su mano a la espalda de Lisa, apoyo que de nuevo Lisa no dudo en rechazar.

–Tú, tú y tú. Siempre piensas que eres tú, que todo tiene que ver solo contigo– el rubio se mantuvo en silencio al escuchar las palabras de su hermana, la pequeña hablaba como si en cualquier momento iba a romper a llorar; era como si quisiera ponerse a gritar, pero no tenía las fuerzas suficientes para hacerlo.

–Cuando te vas a dar cuenta de que no eres solo tú, siempre me has alejado como si todo tuviera que ver solo contigo– el discurso de su hermana penetró en Marco como un cuchillo. El joven no sabía que responder, ni siquiera sabía qué hacer.

–Siempre he estado sola... esperando a que te dieras cuenta– una pequeña lágrima asomó por la mejilla de Lisa, en ese mismo momento ella salió corriendo de la azotea, dejando a su hermano atrás junto a Carter.

Marco, totalmente destruido por dentro lo único que pudo hacer fue sentarse en la silla en la que ataron a Lisa. Este se tapó el rostro con las

manos en un corto momento de reflexión, nunca se había dado cuenta de lo que sentía su hermana, ni tampoco se dio cuenta de que, aunque fuera a él a quien le afectaran los problemas directamente, su hermana también se veía afectada de otro modo.

Tras varios segundos de un triste silencio Marco se levantó y se puso frente a Carter, tenía varias preguntas en su cabeza.

–¿Qué diablos es la operación Regen? – la pregunta de Marco había sido tan directa que pilló completamente desprevenido a Carter, quien respondió con un tímido silencio.

–Dímelo–.

–¿Sabes quién es Detroy? – aquello era una pregunta algo tonta ¿quién no sabía quién era después de lo ocurrido? Hace un mes hubo un atentado en una ciudad de la cercanía, Hill City. Detroy acabó con la más de la mitad de su población en tan solo un instante.

–Debido al ataque de Detroy, Stones hizo que aumentaran la seguridad contra los téras, inició una operación para cazar a todo aquel que tenga poderes– el rostro de Marco reflejó perfectamente lo que pensaba hacia aquel acto, asco. Stones estaba haciendo lo que mejor se le daba, castigar a los inocentes en lo que encuentra al culpable.

–No entiendo como aún sigues a las órdenes de Stones– Marco se sentó de nuevo en la azotea, esta vez pensando en el asesino. Ya lo tenía en la palma de su mano, pero logró escapar.

Un montón de cosas estaban pasando por su cabeza, y varias piezas empezaban a encajar, aquel téra estaba buscando venganza por algún acto que hizo el escuadrón en su pasado, era algo irónico e incluso gracioso ¿de cuál de todos los actos rastreros y sanguinarios querría vengarse? No era momento para ponerse retrospectivos, en lo que debía pensar era en cuál sería el siguiente paso del asesino.

Ya había logrado matar a Flora, atacó a Frederick y Marco e indirectamente ya se topó con Carter dos veces. Tan solo le quedaba una persona por la que ir.

–Carter, necesito que me hagas dos favores–.

–Me vas a molar a favores Marco– Carter no pudo evitar soltar una pequeña risita.

–Cuida a Lisa mientras yo no esté–.

-¿Y a dónde irás? -

-Ese es el segundo favor... dime dónde vive Niles-.